

La edad del despertar

grumets

Ángel Burgas

La edad del despertar

Tercer trimestre
del club de la canasta

Traducción de Marcelo E. Mazzanti

laGalera

Primera edición: enero de 2012

Diseño de la colección: Mariano Rolando
Realización de la portada: Mariano Rolando
Fotografía de la portada: Àngels Farré
Maquetación: Marquès, SL
Fotografía del autor: Antonia Gázquez

Edición: David Monserrat
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats
Traducción: Marcelo E. Mazzanti

Título original catalán: *L'edat del despertar*

© 2012 Àngel Burgas, del texto
© 2011 La Galera, SAU Editorial, de la edición en lengua castellana

Derechos cedidos a través de Silvia Bastos, S.L. Agencia literaria

La Galera, SAU Editorial
Josep Pla, 95. 08019 Barcelona
www.editorial-lagalera.com
lagalera@grec.com

Impreso en Romanyà Valls
Verdaguer, 1 – 08786 Capellades

Depósito Legal: B-291 -2012
Impreso en la UE
ISBN: 978-84-246-3722-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

Índice

Terapia de choque	7
La gótica	27
La esclava	57
La cartera de Enrique	83
La fiesta de quinceañeras	99
La Olimpiada Matemática	119
Crédito de síntesis	133
El medio natural	147
<i>Tiburón 3</i>	165
Evaluaciones finales y recuperaciones	175

*Per Emma Peral i Gifre, que ya
ha despertado y está en la ESO.*

*Y un agradecimiento para Arnau, Marina,
Adriana y Júlia, que se han lanzado al club.*

Terapia de choque

A la hora del recreo, tras las dos primeras clases, Marga me anunció que Maëlle, su maestra favorita, estaba embarazada.

—¿Te lo ha dicho ella? —le pregunté.

—No, claro que no. Pero estaba rara, y enseguida me he fijado en la blusa que lleva. Es una blusa preamá. Se la ha puesto para disimular el vientre hinchado.

Le pregunté por qué querría disimular una cosa tan natural y agradable. Marga me dijo que quizás Maëlle no quería hacerlo público.

—¿A ti te gustaría ser madre, Martina? A mí me encantaría.

—Igual es demasiado pronto como para pensar en eso, ¿no crees?

—Mi primita Daysi tuvo a su bebito con quince años, los mismos que voy a cumplir yo el mes que viene.

La Pajarica nos esperaba en el pasillo de la primera planta, donde está el aula de primero de ESO, nuestro curso, pero no la de tercero de ESO, la suya, que está en la planta baja. La Pajarica, que en realidad se llama Va-

nesa Carranza Hipólita, sube cada día una planta para venir a buscarnos y después vuelve a bajarla, porque el patio está en la planta baja. La niña hace una ruta innecesaria: sube y baja escaleras para nada. Pero la Vane tiene una manera de funcionar diferente a la del resto de la gente. No hay manera de hacerle entender que podría esperarnos en la puerta de acceso al patio, por ejemplo; que no necesita hacer una excursión absurda para venir a buscarnos. «Me da igual. Así hago ejercicio», dice ella. Los razonamientos de Vane descolocan un poco, pero es mejor acostumbrarse. Marga dice que quizás sea la lógica de los países de América Central (Vane es de Ecuador), pero yo estoy convencida de que lo hace para no salir sola al patio. O, mejor aún, para que la gente vea que no sale sola al patio, sino con amigas. Desde que llegó a la escuela, Marga y yo somos las primeras «amigas» que tiene. Y lo digo así, entre comillas.

—Pues no trates de imitar a tu prima, Vane, que antes tienes que acabar la ESO.

—Ya lo sé. Ni Álex ni yo estamos preparados para ser padres —dijo.

Vane, desde que pertenece a nuestro club, ha avanzado notablemente en cuanto a pronunciar palabras y vencer la timidez. Hasta hace tres meses su récord era cuatro palabras seguidas. Ahora que ha ganado confianza y se siente segura en el grupo, habla por los codos, y los chicos a veces tienen que hacerla callar con malos modos, porque dicen que les pone la cabeza como un bombo. El más negativo y crítico con el

comportamiento locuaz de la Pajarica es Álex, el que, según ella, debería ser el padre de su futuro bebé. Álex no la soporta. Ni la voz, ni el físico, ni nada. Hablando claro: la odia. Antes de las vacaciones de Semana Santa, Álex tuvo que sacrificarse por el grupo y simular que salía con la Pajarica para averiguar un asunto importante. Cuando se solucionó, le dijimos a la niña que todo había sido mentira, que Álex no quería salir con ella, que se había tratado de una estratagema para ayudarnos. Ella no se lo creyó, y el caso es que, desde entonces, Vane está segura de que Álex le volverá a pedir salir con ella, se harán novios y se casarán y tendrán hijos. En fin...

Álex y las demás nos esperaban, como cada día a la hora del recreo, bajo la canasta de basket de la pista de deporte. Los otros alumnos del cole jugaban a fútbol, se reunían en los bancos de madera que hay frente a la cocina, o hacían grupitos aquí y allá para hablar de sus cosas o, escuchar música en el iPod con un solo auricular en la oreja (necesitaban tener libre la otra para oír las conversaciones y poder participar), y los mayores y más gamberros intentaban encender un cigarrillo y dar un par de caladas a escondidas de los profesores encargados de vigilar el patio. Pero nosotros nos reuníamos bajo la canasta y valorábamos la situación general. Mi hermana había sido alumna del colegio hacía muchos años y había fundado un club que luchaba contra las injusticias que se cometían dentro de la comunidad escolar. Esta, de hecho, era la intención que nos había animado a unirnos: reactivar

el club de mi hermana y convertirnos en la segunda generación de luchadores contra todo lo que no estaba bien. ¿Lo habíamos conseguido? La verdad, más bien no. Pero no dejábamos de intentarlo.

Desde su creación a principios de octubre, nuestro club había vivido algunos cambios, como la incorporación de Marga, mi mejor amiga, que había entrado pasada la Navidad y ahora era la presidenta o algo así. Marga era atractiva, inteligente, rápida, sociable y atrevida. Todas las condiciones que debe tener una presidenta. De hecho, el cargo tendría que haberme tocado a mí, que fui quien tuvo la idea de fundar el club y que soy hermana (la sangre es la sangre) de una de las representantes del club original. Pero todos los adjetivos que he regalado a Marga para describirla no podrían aplicarse con tanta convicción a mi persona. O eso era lo que opinaban los chicos.

Los chicos de nuestro club son seis. Las chicas, tres. Bueno, tres y media. Y digo media porque Asun, que es la incorporación más reciente, está y no está. Alucinantemente, Asun, una niña apocada que hasta el trimestre pasado pertenecía al grupo de ñoñas del cole, se había enamorado de Jerry, uno de los gemelos de nuestro club. Insisto: alucinantemente. ¿Cómo pudo Jerry haberse enamorado de esa pánfila tiquismiquis y ridícula? Como dice siempre mi madre: «El amor es ciego». Ciego e idiota, pensamos nosotras. Jerry es trabajador, listo y activo; quizás no tanto como su hermano Tom, pero mucho más que Asun, que vive en un mundo de fantasía donde toda la gente es buena y

todos se compadecen por los desvalidos. Según Asun, cada persona es, por naturaleza, una especie de ONG con patas. Tom piensa que ella y su mejor amiga, Lourdes, son monjas adolescentes y modernas. Las monjitas, que cuentan con su legión de niñas apocadas y pánfilas a quienes protegen, también tienen su lado oscuro, y yo, que las conozco bien (mi madre es amiga íntima de la de Asun), sé que en realidad son demonios resentidos disfrazadas de ángeles celestiales. Especialmente Lourdes. ¡Vaya corazón negro el de esa bruja! Por fuera es todo sonrisas y misericordia, pero por dentro es más amarga que una almendra amarga. Y esa característica ha provocado que Asun no haya dicho aún a su mejor amiga que se ha enamorado de Jerry y que, como consorte, también forma parte del club. Si Lourdes se entera de que Asun piensa abandonarla para unirse a nosotros, creo que la mataría. No lo digo en sentido figurado, sino literal. Por eso, Asun está y no está con nosotros. Durante el recreo intenta disimular y sigue sentándose en el banco de piedra del patio con sus amigas marginadas y pánfilas. Evidentemente, no deja de mirar todo el rato hacia la canasta, bajo la cual está su enamorado, que soporta con paciencia la doble personalidad de su chica.

—Tendrías que decirle que si quiere formar parte del club, tiene que venir aquí con nosotros —le dice siempre su hermano—. ¡Si es miembro del club no puede estar allá con las monjitas!

—Lourdes no sabe nada —alega Jerry—. Si Lourdes supiese que salimos...

Cuando Lourdes, pongamos por caso, va al lavabo a hacer pipí, o cuando se dirige a la cocina a buscar un bocadillo, o si va sola a captar niñas apocadas que no tengan amigos, Asunción aprovecha para ir corriendo a la canasta. Habla un rato con nosotros y con su chico, pero en cuanto ve que la otra vuelve al banco, sale corriendo como una posesa para estar de nuevo con ella.

—Esta chica acabará mal —dice Iker—. Un día le explotará el corazón.

—Por lo menos hace ejercicio. Como yo con las escaleras —opina la Pajarica.

Iker es el compañero más enclenque. Va a nuestra clase (no como las monjitas, que hacen segundo de ESO las dos) pero pasaría perfectamente por un niño de quinto o sexto de primaria. Es lo que se dice carne de psiquiatra. Iker ve muertos. Los ve como si estuviesen con él, como si los tuviese al lado. No son zombis exactamente, sino más bien muertos que han fallecido de forma violenta. Muertos sin un ojo, o muertos con la cabeza partida, o muertos a los que les falta un brazo. Según la familia y el psicólogo, todo eso es una forma de llamar la atención, y la causa del trastorno tiene raíces cinematográficas: por un lado, la película *El sexto sentido*, que lo dejó trastornado para toda la vida cuando la vio en la tele, y, por otro lado, los centenares de páginas web de cine *gore* que llegó a ver antes de que sus padres instalasen en su ordenador un código de restricción infantil. Ahora ya no puede ver según qué cosas, pero todos sabemos que Iker se gasta

un dineral en locutorios de los chinos. Antes de ir al gimnasio (va a un gimnasio para acelerar el estirón) y al salir, entra en el locutorio, pide un ordenador y se queda un buen rato mirando todo lo que no le permiten ver en su casa.

—¡Pero si el psicólogo te ha dicho que no mires eso! —le abronca Tom, que es el que tiene más cabeza del grupo—. ¡Tus padres se gastan un montón de euros en terapias que no sirven para nada! ¡Si no haces lo que te dicen, seguirás viendo muertos toda la vida!

Pero yo creo que ha de ser como un vicio y debe costar dejarlo, igual que a un fumador le cuesta dejar de fumar o a un jugador dejar de jugar. Iker está enganchado a la sangre e higadillos como a una droga. Pablo dice que se le pasará con la edad y el estirón; que cuando sea adolescente le interesarán otros temas y olvidará los muertos. Espero que cuando crezca no se aficiona a las páginas de sexo, por ejemplo, porque después vería por todas partes gente desnuda haciendo guarradas.

Pablo va a segundo de ESO, a la clase de las monjitas. Llegó al cole el mes de septiembre. Pablo es... bueno, Pablo es... especial para mí. Durante el primer trimestre me enamoré de él un poco. Quizás no fuese amor sino los efectos de la magia negra que hizo la abuela de la Pajarica para que me enamorase. Esa mujer es medio bruja, y Pablo le pidió que le hiciera un conjuro de amor. Yo no creo en esas cosas, pero el caso es que, desde entonces, Pablo es... especial. Es alto, está más desarrollado que sus compañeros. Es simpático,

alegre; tiene unos hombros anchos, como de deportista. No sé cómo decirlo, pero tiene muchas cosas que me gustan. Bueno, hay una que no: Pablo es un poco monjita, como Asun y Lourdes. Tiene una amiga de su clase, Carla, que está sonada. Sufre trastornos psicológicos como Iker, pero sin ver muertos. Es una niña insegura, con problemas en casa, con dificultades de relación consigo misma y con los demás. Es violenta. De hecho, hacia finales del trimestre pasado me agredió físicamente y todo. Y Pablo va de tan buena fe que, en vez de mandarla a la mierda, nos propuso que la acogiéramos en el club para ayudarla. Todos se negaron, claro. Esa niña es un peligro público, y Álex opina que solo faltaría otra sonada en el grupo. Dice «otra» porque, según él, ya tenemos una, Vane. Pablo insistió, pero todo el mundo dijo que no. Todos menos yo, que tendría que ser la menos partidaria de tenerla entre nosotros, porque al fin y al cabo soy yo a quien la niña zurró de mala manera. Pero yo haría cualquier cosa por Pablo, la verdad. Y si él cree que ayudaríamos a Carla dejándola venir bajo la canasta, pues muy bien.

—¡Tú estás tonta, niña! —me dijo Tom—. ¡Esa loca te pegó! ¿Cómo puedes ser tan idiota? ¡Tendrían que expulsarla de la escuela! ¡Y tú aceptarías que viniese con nosotros! ¡Que fuese amiga nuestra! No hay quien te entienda, Martina.

—Que se vaya con las monjitas —propuso Harry Porker—. Son especialistas en casos perdidos.

Harry Porker en realidad se llama Adrián, pero se parece mucho físicamente al actor que hace de Harry

Potter en las películas. Es clavado. La cara redonda, las gafitas, el flequillo. Con una diferencia: nuestro Harry es la persona más sucia y dejada del mundo. Las cuestiones de higiene no van con él. No le gusta ducharse ni cortarse las uñas ni peinarse. No le interesa la ropa limpia. No le importa ir con manchas en la camiseta, o restos de colacao en los labios. Cuando se resfría es horroroso: alrededor de su nariz se acumulan los mocos secos y forman nidos. Es repugnante. Por ejemplo, no sabe lo que es el desodorante. En la hora de educación física lo hacen cambiarse en una sala aparte, lejos del vestuario de los chicos. A la vuelta de Navidad se produjo un cambio en su asquerosa personalidad, porque resulta que se enamoró a través del *messenger* y decidió que su novia virtual, cuando lo conociese, valoraría que fuese un chico limpio y arreglado y no una bolsa de basura. Eso no llegó a pasar nunca, y cuando Harry supo que no había nada que hacer, que la princesa virtual no sería suya nunca, volvió a ser el cerdo maloliente de siempre. Pero no fue la imposibilidad del amor lo que le hizo desistir en su proyecto de limpieza, creo, sino su condición natural: Harry nació para ser asqueroso. Nunca lo hemos hablado directamente, pero todos sabemos que la princesa de sus sueños era Asun, la monjita de segundo, y su gran aliado, el mellizo Jerry, se ha convertido en el ladrón de su tesoro. Durante el recreo y bajo la canasta, los pocos momentos en que la chica puede escaparse del grupo de las apocadas y nos visita, Harry hace como si no pasara nada. Como si nunca hubiese estado ena-

morado de Asun; como si Jerry no se hubiese llevado nunca a su princesa soñada, y acepta con resignación que las cosas son como son y que no necesita hacer más sacrificios de higiene para intentar vencer una batalla que ya de entrada tiene perdida.

—¿Cuántos días hace que llevas este jersey, Harry? —le pregunta Tom—. A esa mancha inmundada de ketchup ya le han salido hongos.

Marga opina que su madre tiene tanta culpa como él mismo.

—A mí no me dejarían venir a la escuela con un jersey tan sucio. Creo que la madre de Harry debe ser tan guarra como él, y que la lavadora, si es que la tienen, debe estar oxidada de no usarse.

Marga va siempre arreglada y moderna. Vivió muchos años en París porque su padre es piloto y trabajaba en la compañía Air France. A principios de año cambió de empresa y ahora trabaja en Iberia, la compañía de vuelos española. De las muchas cosas que me gustan de Marga hay una que destaca sobre las demás, y es precisamente esa, que su padre sea piloto de avión. A mí ya me dio fuerte de pequeña con eso de la aeronáutica. Me apasiona todo lo que tenga que ver con el mundo de la aviación, y nunca había conocido a un piloto en persona. En Semana Santa, su padre me obsequió con una de las experiencias más gratificantes de mi vida: nos invitó a su hija y a mí a un vuelo Barcelona-Madrid, ida y vuelta, con visitas incluidas a la cabina de mando. ¡El día más feliz que recuerdo! El padre de Marga me explicó cómo funciona cada

instrumento y cómo controlaba los aparatos. Me dejó leer por megafonía el informe de vuelo. Manómetros, cuentarrevoluciones, amperímetros, luz de mapas, pedales del timón de dirección, regulador de mezcla, brújula magnética... todas esas palabras quedaron registradas para siempre en mi cerebro e hicieron de mí la niña mas agradecida del mundo. Cuando llegamos al aeropuerto de Barajas, en Madrid, no enlazamos enseguida con un vuelo de regreso. Nos llevó a las dependencias oficiales del aeropuerto y a la sala VIP de los altos mandos. Nos condujo en microbús a la torre de control para ver en directo cómo trabajan los controladores tras los cristales octogonales que rodean la torre. Yo era todo ojos y orejas, y me parecía estar flotando en una nube tan densa como las que habíamos cruzado mientras surcábamos los cielos. Mis padres opinan que mi afición enfermiza por los aviones puede llegar a ser peligrosa, y que tendría que esforzarme en disfrutar de las cosas habituales que gustan a las niñas de primero de ESO, en vez de soñar con ser una pirata del firmamento. Al día siguiente de aterrizar en el aeropuerto de El Prat, mis padres invitaron a Marga a pasar el fin de semana en la Garrotxa, en la masía que era del abuelo y ahora es nuestra, pero reconozco que aquel Viernes Santo yo estaba tan aturdida por la experiencia de volar que casi no hice caso a mi amiga ni participé en las actividades que había preparado mi madre para entretenernos.

—¡Niña, Martina, aterriza! —se reía mi padre al verme caminar con una autómatas descerebrada por

la Fageda d'en Jordà—. ¡Hemos invitado a Marga para que estéis juntas y os lo paséis bien, y tú parece que aún no hayas bajado del avión!

En el cole me llamaban Air Force One, que es el nombre del avión del presidente de Estados Unidos. Al principio me reventaba que me llamasen así, pero ya me he acostumbrado. Marga entiende mi pasión porque ha pasado toda la vida al lado de su padre, que también es fanático de la aeronáutica. Dice que cuando acabe los estudios obligatorios su padre hará todo lo que pueda para que me admitan en la mejor escuela de pilotos del mundo. Ella sí que me entiende y me respeta, y por eso es mi mejor amiga y no me imagino la vida sin ella a mi lado.

Quien tampoco se la imagina sin la presencia de Marga es Tom, uno de los gemelos. Es el chico más listo de la escuela, sin duda. Saca las mejores notas, presenta los mejores trabajos, hace las preguntas más inteligentes y es capaz de hablar de temas de política y de economía a nivel internacional. Está al día de lo que hace el Gobierno, de las evoluciones de la bolsa, de las intervenciones de las ONG en todo el planeta. Lee la prensa, los suplementos culturales de los diarios y las revistas de divulgación científica. Tom es un adulto en el cuerpo de un niño, y justo esto, esa deficiencia natural, es lo que últimamente le preocupa. Quedó cautivado por Marga el primer día que la vio en el cole, y desde entonces lucha con todas sus fuerzas para que mi amiga se fije en él y, con el tiempo, se enamore. El problema es que, de entrada, Marga es incapaz de

distinguirlo de su hermano, Jerry, porque la verdad es que se parecen como dos gotas de agua. Los demás, que compartimos aula con ellos, hemos aprendido a identificarlos enseguida, pero ella, que es nueva, nunca sabe quién es quién.

—¡Buenos días, Jerry! —le saluda Marga.

—No soy Jerry. Soy Tom.

—¡Buenos días, Tom! —corrige ella sin inmutarse.

Pero esa indiferencia le destroza los nervios a Tom, que enseguida se queda abatido y de mal humor, viendo que lo tiene más difícil de lo que creía para llamar la atención de la hija del piloto.

—No me reconoce —se lamenta—. No sabe ni quién soy. Me menosprecia. Ni siquiera se fija en cómo me esfuerzo por diferenciarme de mi hermano. En Semana Santa le pedí a mi abuela aragonesa que nos hiciera un jersey con el nombre de cada uno escrito en el pecho, a ver si así le facilito la tarea.

Y la verdad es esta: desde que empezó el segundo trimestre, Tom intenta no parecerse a su hermano. Desde siempre, su madre los había peinado y vestido igual, les había comprado las mismas gafas. Resultaba gracioso verlos llegar a la escuela, uno al lado del otro, como si fuesen la misma persona repetida. Los profesores siempre los confundían y se equivocaban cada vez que llamaban a uno de ellos para que saliera a la pizarra. Pero ahora Tom lucha encarnizadamente contra esa jugarreta del destino, y se ha hecho un nuevo corte de pelo, ha insistido a sus padres para que le dejen ponerse lentes de contacto en vez de gafas, y se

compra la ropa en una tienda donde su hermano no va. Aun así, Marga sigue sin acertar nunca.

—¡Hola, Jerry! ¿Te ha contado tu hermano que ayer fuimos juntos a la biblioteca? —le pregunta Marga, ri-sueña.

—No soy Jerry. Soy Tom. Ayer fuiste conmigo a la biblioteca —dice él, con un hilo de voz.

Cuando la niña dice «ay, perdona, no te había reconocido» y se da la vuelta, el pobre Tom cierra los ojos, niega con la cabeza y va a sentarse, desconcertado, a su mesa.

Durante la primera media hora de recreo bajo la canasta tras las vacaciones, hablamos del posible embarazo de la profesora de francés que había desconcertado a Marga. Los chicos no mostraban ningún interés por el tema, y solo Iker hizo una broma de mal gusto sobre la forma como se había producido la fecundación. Hombres. Marga confiaba en que Maëlle se lo explicaría, ya que era su alumna preferida y no podía ocultarle una cuestión tan importante. Llegó a decir, cosa que provocó la mofa de todos los demás, que a saber si hasta le pediría ser la madrina del niño o la niña que iba a nacer. A mí también me pareció una idea absurda. ¿Cómo iba Maëlle a pedirle eso? ¡Marga era solo su alumna! Claro que sabía mucho francés, pero eso no tenía ningún mérito, ya que había vivido muchos años en París. Pero de eso a pensar que la haría madrina de su hijo...

—¿Y por qué no? ¡Maëlle y yo nos queremos mucho! Me ofrecería a hacerle de canguro cada tarde. Llevaría al niño a pasear en su cochecito y le cambiaría los pañales. No sé por qué os hace tanta gracia.

Pablo tenía una sobrinita. Su hermana era mucho mayor que él y ya se había casado y tenido un hijo. Dijo que nunca le había cambiado un pañal a la niña y que no tenía el más mínimo interés en hacerlo.

—Es un palo de trabajo —añadió—. No sé qué gracia le ves a eso de remover la mierda.

—Yo me sé de uno que igual se aficionaría, ¿eh, Harry? —apuntó Iker.

Harry le insultó, pero no se entendió nada de lo que dijo porque hablaba con la boca llena de pan con chorizo, con una mancha brillante y aceitosa que le cubría los labios. La única que convivía con hermanos pequeños en casa era la Pajarica, que tenía tres, y compartía habitación con uno de ellos.

—Son pesados, pero muy monos. Lo que a mí me gustaría es tener un hijo, un bebé, como Maëlle. Mi primita Daysi tuvo...

—¡Cállate la boca, niña! —la interrumpió Álex, que no la soportaba, y menos ahora que hablaba por los codos—. ¡Te llamamos Pajarica porque no decías ni pío, pero ahora te has convertido en un loro!

—No tenéis sentimientos —se quejó Marga—. La maternidad es lo mejor del mundo, y solo con oídos entiendo lo que siempre dice mi tía: que el hijo es de la madre, y el padre es un elemento circunstancial.

—¡Eso es una chorrada! —saltó Tom—. Los hom-

bres tienen el mismo derecho que las mujeres a hacerse cargo de sus hijos. ¡Un hijo es de los dos! ¡El uno y el otro son imprescindibles! Yo apoyo la actitud de los padres que piden igualdad de condiciones en caso de separación; y es que la custodia siempre se da a la madre y el pobre padre se tiene que limitar a ver a sus hijos cuando toca por contrato.

—¡Pues no es que prediques con el ejemplo! Vuestra actitud cuando habláis de la maternidad lo demuestra, Jerry —le dijo Marga, equivocándose, como siempre, de gemelo—. ¡No tenéis sensibilidad ni espíritu maternal! Os reís de todo. ¡Lo único que os interesa es el momento puntual de la gestación! —Y enseguida se volvió hacia mí—. No puedo soportar esta incertidumbre, Martina. ¿Me acompañas a preguntarle a Maëlle si está preñada?

Le dije que no. Y le recomendé que no lo hiciera ella, que esas cosas se cuentan cuando toca y cuando la persona cree que es el momento de decirlo. Pero Marga, decepcionada, se alejó de la canasta mostrando su desacuerdo con nuestra actitud.

—Esa niña es tonta —dijo Álex.

—¿Quién está embarazada? ¿Marga? —preguntó Harry de repente; como siempre, había estado desconectado de la conversación mientras devoraba fatigosamente su bocadillo del mediodía.

—¿Cómo va a estar embarazada Marga, atontado? —le solté—. ¡Tú es que no piensas, tío! ¡Tú vives en otro planeta apestoso, Harry! ¿Cómo quieres que Marga esté embarazada?

También dejé la canasta, molesta con unos y otros, renegando del club que nos empecinábamos en formar. ¿Cómo podía querer hacer un grupo con esos personajes?

—¿Puedo acompañarte, Martina?

—¡Ni se te ocurra! —grité a la Pajarica sin ni siquiera mirarla.

Empezábamos bien el trimestre. ¡Vaya perspectivas! Menosprecio, odio, incomprensión. Pablo no mostró la menor intención de seguirme ni abrió la boca para darme la razón. Se quedó callado y quieto como un mejillón. Vaya hatajo de impresentables.

Pasé por delante del banco de piedra, donde estaban las niñas tontas capitaneadas por Asun y su amiga.

—¿Por qué no te sientas aquí con nosotras, Martina? ¡Estamos contando anécdotas divertidas de la Semana Santa! —me propuso Lourdes.

—Pues qué bien —murmuré.

—Pareces enfadada. Te hemos dicho mil veces que no te conviene mezclarte con los niños esos de la canasta. No están a tu altura, Martina —me advirtió—. Tu lugar está aquí con nosotras, que te entendemos y te apoyaremos siempre. ¿Verdad que sí, chicas? ¿Verdad que Martina es una de las nuestras?

Mientras aquella tribu de papanatas asentía con la cabeza, observé que Asunta, cabizbaja, se había puesto roja como un tomate.

—Esos golfos no hablan de nada interesante, y pretenden vivir aventuras ridículas. Míralos. Mira la pin-

ta que tienen. El que ve muertos, los Zipi y Zape, el asqueroso, el vinagres... y la reina de la fiesta, Vanesa. Vaya una —dijo Lourdes, enumerando con desprecio a mis compañeros—. Vane nos dejó después de que le diéramos todo el amor y comprensión que necesitaba. Es patético que una niña como esa se aparte de quienes quieren ser sus amigas para irse con ese puñado de...

—¿Quieres hacer el favor de callarte, monja diabólica? —le solté, hecha una furia—. ¡Vosotras sí que dais pena!

Salí pitando de allá. Lourdes estaba enferma de la cabeza, y tenía dominada a Asun. Quizás debía haber aprovechado la ocasión para anunciarle que su mejor amiga era una de nosotros por mucho que lo ocultase durante el recreo. Pero no lo hice, claro. Me fui disparada al lavabo para no oír nada ni ver a nadie. Y es que me dolía que Lourdes tuviese algo de razón: mis amigos me sacaban de quicio. Marga y yo nos entendíamos bien cuando estábamos solas, cuando no había nadie alrededor. Pero en el cole era diferente. Estaban los chicos del club y Maëlle. Muchas interferencias que ponían obstáculos a nuestra amistad.

Me encerré un buen rato en el lavabo. Cuando salí, más calmada, vi que nuestro tutor había convocado a Álex y Enrique Anadón ante secretaría. Esos dos eran enemigos irreconciliables. Antes de vacaciones se habían peleado en el patio de la escuela y habían recibido un castigo que se alargó durante una semana. Enrique era el rey de los tarugos. Era el niño más idiota, más

gamberro, más viva la virgen. Nosotros, los del club, nos habíamos enfrentado a él y a sus amigos un montón de veces. Eran unos estudiantes pésimos y malos compañeros; tenían malas relaciones con los profesores y no mostraban el menor escrúpulo en humillar a los más débiles, como habían hecho durante el primer trimestre con Harry. Enrique Anadón era una mala persona y lo único que tenía de bueno era su aspecto. Parecía mayor que los otros y era el más atractivo de toda la escuela. Su personalidad de gamberro lo hacía popular, y la totalidad de alumnos lo admiraban, lo respetaban o bien lo temían.

El tutor hablaba con ellos. Yo hice como que leía los anuncios colgados en el tablón de secretaría mientras escuchaba la conversación.

—Y ya está decidido. Será una terapia de choque —dijo el tutor—. Si no sabéis aceptaros el uno al otro, puede que sea porque no os conocéis lo suficiente. Os sentaréis juntos en clase y haréis juntos los trabajos en grupo. Ya he hablado con todos los profesores y creemos que esta es la solución. No quieres caldo, pues toma dos tazas.

—Pero... —intentó oponerse Enrique.

—No hay nada que añadir —le cortó el tutor—. En cuanto volváis del recreo podéis ocupar las dos mesas de la primera fila. La profesora de inglés ya está al corriente.

¿Álex y Enrique, juntos? ¿Sentados uno al lado del otro? No me lo podía creer. Miré de reojo la expresión de Álex, que era la de un preso a quien acaban de

condenar a cadena perpetua. ¿Cómo iban a sentarse juntos si se odiaban a muerte? Nunca se habían podido ver, y eso que iban a la misma clase desde primero de primaria. Enrique había insultado a Álex con todos los adjetivos y motes posibles. Y este había declarado a Enrique culpable de todas las cosas malas que pasaban en la escuela y que enturbiaban el clima de convivencia. Lo había denunciado, lo había prejuzgado y había conseguido que saliese perjudicado siempre, tanto si era culpable como si no. Tras la pelea final y el castigo habían empezado las vacaciones, y Álex había intentado olvidarlo todo. Ahora, por lo visto, el tema Enrique se convertiría en un suplicio constante. Yo estaba segura de que el tutor se equivocaba: eso no era ninguna solución sino todo lo contrario. Era el disparo de salida de una carrera brutal y sin freno, de consecuencias devastadoras. El comunicado de inicio de una guerra cruenta y salvaje, de la cual estaba clarísimo quién sería el perdedor.